

y el informe de Krushev en el XX Congreso del Partido Comunista. Pero pensábamos que lo ocurrido en estas latitudes era distinto, algo que reivindicaba nuestros sueños de un socialismo generoso y liberador. ¡Cuánta tontería debí escribir entonces!



Martín, como se verá constantemente en el curso de la novela, sostiene en la narración los dos oficios por los que quiso sobreponerse a su condición rural para llegar a granjearse cierta reputación como poeta y escritor. Al tiempo que funge de detective y va de un lado al otro, la memoria de su hermano es pronto manchada por la duda al inculparsele de la muerte de unos campesinos. En este punto Plinio Apuleyo demuestra querer equilibrar la balanza para no dibujar personajes-tipo tan pantallescicos con los cuales no cabría una segunda lectura, caso del típico poeta que se revela ante su familia para cumplir el sueño de gloria intelectual lejos de las vaguedades del trópico –“sobrevivir, abrirse paso y darse a conocer un día como periodista en un ámbito internacional”– o del militar que se revela para convertirse en un defensor de los desprotegidos. Entonces resulta que la historia del periodista –Martín– junto a la de su hermano el filósofo –Benjamín–, cobran significados cambiantes aunque al final sepamos a dónde nos llevará la historia: un hermano que se entrega como de costumbre a un sainete amoroso –Irene– al tiempo que el muerto sigue precisamente así, muerto. Sin más gloria que el descrédito o la conmemoración, lo que en la práctica resulta ser la misma cosa. Benjamín va del olvido a la honra o la murmuración. Se cuenta de sus obras humanas, de su carisma a prueba de todo, de su personalidad tan poco ortodoxa, de su aparente suicidio o de sus acciones dignas de un héroe de cinematógrafo:

¿Pero qué pasó? ¿Qué hizo Benjamín para que todo cambiara? ¿Cómo logró que cuatro mil campesinos marcharan hacia el campamento del ELN para advertir que no querían más reclutamientos?

–Fue un verdadero milagro–suspira doña Adela–. Mi Dios debió ayudarlo.

Sólo le puedo anticipar una cosa. [Dice el capitán Ramírez] Su hermano, [...] le hizo honor al apodo que le ponían. El filósofo. Más como filósofo que como militar acabó quitándoles a los bandidos del ELN este pueblo. Y algo sorprendente: sin disparar un tiro. Sí, como dice doña Adela, fue un verdadero milagro. [pág. 157]

El conflicto en el libro y al mismo tiempo una de las pocas particularidades que le salvan del aburrimiento, es el saber que el personaje ausente, el filósofo Benjamín, se desdibuja en algunos pasajes de la narración. Dado a la correspondencia con la guerrilla o a la transmisión regular de un espacio radial en La Voz del Caguán, se trasfigura y termina por semejarse a otro personaje-tipo, algo más revolucionario y, como su hermano, amante del vacío de los discursos ajados y la entelequia. Habla entonces a los guerrilleros sobre Marx y Engels, la caída del capitalismo y el advenimiento del socialismo:

Y para mostrar que ese proyecto nunca había logrado sus objetivos, hablaba de lo sucedido en Cambodia, Laos, Vietnam, Corea del Norte, Checoslovaquia, Polonia o Chechenia así como de las razones por las cuales el muro de Berlín había caído. Muchas de esas cosas, la verdad sea dicha, yo no las conocía tan bien como él porque mi formación había sido esencialmente teórica sin confrontarla con la realidad política del mundo socialista.

Lo que nos hace bastante incoherente la lectura es tratar de hacer verosímil el cambio en los hechos y las teorías que no hacen otra cosa que flotar en la nada del éter para dejarnos en mitad de ninguna parte. Para colmo, los guerrilleros y soldados con los que Martín habrá de entrevistarse están perfilados de manera poco imaginativa, se trata aquí de guerrilleros que antes, como Cástulo, pasaron por

la Universidad Nacional, estudiando Derecho, junto a carteles de la Juco, panfletos de izquierda y obras “de Lenin, del propio Mao, pero muy especialmente de Gramsci” hasta textos de Marta Harnecker.

No podría cerrarse la novela sin un ataque sorpresa, una celada repentina con muertos y helicoportados que recogen a quienes aún se mantienen con vida en medio de la confusión de metralla y estruendos cercanos, minas antipersona y el viento que las hélices transforman en una estrepitosa polvareda. Días después Martín descansa en Lisboa, una ciudad de aires y resplandores otoñales, con una memoria apenas manifiesta de lo sucedido, viendo a través de la televisión el caos de la violencia y escuchando junto al estéreo los bellísimos fados de Amalia Rodrigues. Días más tarde regresará de nuevo a Roma, como se debe.

Carlos Andrés Almeyda Gómez

Historias de vecindario

Cruzando la calle

PABLO SERGIO ARIAS BARRERA
Universidad Industrial de Santander,
Bucaramanga, Colección Generación del
bicentenario, 2010, 220 págs.

MIENTRAS EL mercado editorial invita a los escritores a adoptar las formas neutras de una literatura supuestamente cosmopolita, es digno de aplauso que un narrador joven entienda que los pequeños sucesos que ocurren en su cuadra, o en las tres o cuatro casas de la cuadra de cualquier ciudad colombiana, bastan para construir una novela, y también lo es que se comprometa en la concepción de media docena de personajes que, pese a los excesos de marginalidad que marcan a algunos de ellos, respiran, sienten y viven de manera convincente, movidos por rasgos psicológicos y circunstancias sociales que el autor establece con certeza, obviando los tópicos de la más reciente narrativa colombiana.

Hay que encomiar, además, que la estructura de la novela aleje las tentaciones del costumbrismo y el color

local, y que Pablo Sergio Arias Barrera (1986) prefiera, pese al material que tiene entre las manos, convertir la denuncia en un suceso íntimo, ligado al dolor y la locura, y que se aparte de las técnicas propias del género policíaco para hacer que su relato avance. Incluso hay que agradecerle que Amparo, una adolescente madurada biche, se quede en la memoria con sus formas perfectas, sus prendas cortas, su ternura y sus contradictorias conductas con respecto al amor y la sexualidad, y que sus más de doscientas páginas en el pequeño formato de la Colección Generación del bicentenario de la Universidad Industrial de Santander, inspiren una carátula en colores planos que resulta tan apropiada y tan grata.

Pero hay cosas que no se agradecen en *Cruzando la calle*, y lo peor de todo es que algunos las pueden considerar accesorias, pero son muy irritantes para quienes buscamos en la literatura un placer, una forma de enriquecer nuestro ocio. La primera es la ortografía, y no me refiero a dos o tres tildes mal puestas, me refiero a errores gruesos, de esos que el computador corrige automáticamente y que entonces uno no entiende porqué están allí, ya que no obedecen a transgresiones estilísticas o a apropiaciones de la oralidad. La historia de la literatura está plagada de escritores con mala ortografía—claro que no muchos de ellos estudiaban para ser profesores de español y literatura—, pero en tales casos siempre hay, o debe haber, un editor atento que entienda que a veces el vértigo de la creación conlleva ciertos descuidos por parte de algunos autores. Ese editor atento también debió llamarle la atención sobre los cambios de tono de la narración, a veces cercana a los personajes, como si oyéramos a un vecino de la cuadra, y otras, sin razón aparente, distanciada y neutra, cuando no francamente prejuiciosa: “El oficial es bruto, gordo, fuerte y de acento basto, tan parecido a todos los demás oficiales” (pág. 58). Poco a poco el lector se da cuenta de que en estas variaciones no hay nada deliberado y entonces se decepciona, se previene, y comienza a percibir que hay descuido en el uso de los tiempos verbales y que aquí y allá, por fortuna no muchas veces, nuevos rasgos de los personajes contradicen las caracte-

rísticas sentadas páginas atrás, y que los diálogos, algunos muy buenos y útiles, también están mal escritos. Si a eso agregamos que las repeticiones campean, algunas involuntarias, otras deliberadas—la mayoría sin fortuna en su esfuerzo humorístico—, es fácil cerrar el libro en un capítulo intermedio, sobre todo cuando es obvio por las apreciaciones tendenciosas de las diferencias sociales, que la visión del novelista no ha madurado todavía: “En menos de un par de estertores del motor de la moto, el barrio y el estrato son diferentes. Pareciera otro mundo, los colores de la calle son diferentes, la acera con menos huecos, la mujer esbelta y bien maquillada bajándose del auto último modelo que su feo pero adinerado marido le compró para que se volviera a dejar hacer el amor” (pág. 47).



Pero como la novela tiene ritmo y tiene entraña, el lector decide ejercer un cierto tipo de miopía que le permite llegar hasta el final, un final que ciertamente no decepciona, y que guarda su sorpresa, aunque sepa a melodrama.

Cruzando la calle es una novela que necesitaba de unas semanas de trabajo de un editor cuidadoso, como las necesitan muchas otras. Es lamentable que nuestras editoriales, comerciales y no—en este caso universitaria—, acompañen tan poco al escritor, que de ninguna manera puede sabérselas todas y que quizá está convencido de que sus carencias serán corregidas en el momento de la publicación. Imitadores consuetudinarios, no se entiende porqué no seguimos la costumbre de los editores estadounidenses de intervenir, incluso de manera exagerada, en

los trabajos que darán a la imprenta. Algunos se excusarán en la intransigencia y el ego de los autores; es cierto pero no es disculpa suficiente. Lo cierto es que uno lee esta segunda novela de un autor menor de treinta años con el ceño fruncido, ceño con c, una letra sin la cual es muy complicado cruzar la calle.

Octavio Escobar Giraldo

Profesor, Universidad de Caldas

“Una novela de amor”

La serpiente sin ojos

WILLIAM OSPINA

Mondadori, Bogotá, 2012, 318 págs., il.

LA TRILOGÍA sobre la conquista, escrita por William Ospina (n. 1954), es llamativa por varios aspectos. Es la obra de un escritor maduro y no la de un joven que tantea irreverentemente en los terrenos narrativos. Son tres novelas, por ello mismo, que poseen rasgos tradicionales de escritura y ninguna experiencia extrema o novedosa en la forma y el estilo las caracterizan. Representan, por otro lado, las maneras en que un poeta y un ensayista reconocido en el ámbito hispanoamericano, se lanza a construir su universo novelístico de tal modo que en él se dialoga coherentemente con temáticas y modos de comprender a Colombia y a América Latina y su historia planteados en sus otros libros. Lo que aparece en *Ursúa* (2005), *El país de la canela* (2008) y *La serpiente sin ojos* (2012) tiene mucho que ver con los poemas de *El país del viento* (1992) y el ensayo sobre Juan de Castellanos *Las auroras de sangre* (1999). En este sentido, como toda obra digna de tenerse en cuenta, la de Ospina está bien fundamentada y su articulación no es fortuita y accidental. El subtítulo del libro dedicado a Castellanos alude al “descubrimiento poético de América” que, según Ospina, realiza el cronista español que se radicó en Tunja y que es quien da la clave al escritor colombiano para que siglos después cuente en tonos también poéticos las aventuras de Ursúa y su amigo Cristóbal, narrador de las tres